
Aportación Extranjera

Los proyectos históricos y los valores

ALFREDO STERN

NACIDO EN VIENA en 1899. Estudió filosofía y ciencias naturales en la Universidad de esa ciudad, doctorándose en 1923. Prosiguió estudios en París donde se conectó con los maestros de la filosofía francesa. De 1934 a 1939 dictó varios cursos de filosofía en la Sorbona. Fue profesor de filosofía en el "Institute de hautes études" de Bruselas. Después de 1943 dictó clases en la Universidad Nacional de México. En 1945-46 enseñó en la 'Ecole libre des hautes études' de Nueva York. Desde 1946 está radicado en California, desempeñándose como profesor en el "California Institute of Technology", de Pasadena, y en la "University of Southern California", en Los Angeles. Sus obras son vastamente conocidas: Bases filosóficas de la verdad, de la realidad y del valor; Filosofía de los valores; Filosofía de la política; Filosofía de la risa y del llanto, etc., algunos vertidos al castellano.

LA historia humana es la evolución de la *res publica* y nunca la de la *res privada*. Consecuentemente, los proyectos históricos son siempre proyectos colectivos. Cada vez que un proyecto individual afecta la marcha de la historia es que ha sido adoptado por una colectividad. Esto ocurre, por ejemplo, en el caso de descubrimientos científicos o de invenciones tecnológicas. ¿Cuáles son las colectividades cuyos proyectos determinan la historia humana? Para Hegel son los Estados; para Marx, las clases. Probablemente, ambas entidades son portadoras de proyectos históricos. Sin embargo, el Estado nacional parece ser el promotor principal de proyectos colectivos históricos. Los proyectos colectivos del protestantismo y del catolicismo fueron encarnados en Estados poderosos, y en esta forma se combatieron en la Guerra de los Treinta Años. Solamente después de haber sido adoptado por los Estados árabes y por el imperio otomano, el proyecto colectivo del Mahometismo pudo conquistar el oriente y pe-

netrar hasta las puertas de Viena. Aún el proyecto colectivo del comunismo se realizó en la historia únicamente después de haberse convertido en el proyecto colectivo de un gran Estado: Rusia. Así, se comprende por qué pueblos que habían vivido cierto tiempo sin formar Estados —los polacos, los checos, los judíos— anhelaron con tanto ardor una nueva existencia como Estados. El Estado es, todavía, el instrumento más eficiente para realizar proyectos colectivos históricos.

Desde que el Estado nacional es el autor principal de los proyectos históricos, uno debe preguntarse: ¿Qué es un Estado? ¿Qué es una nación? Esta fue la pregunta que Ernest Renan se hizo en una conferencia célebre que dio en la Sorbona en 1882. Su contestación fue que nada material basta para hacer una nación, porque una nación es un principio espiritual y no un grupo determinado por la sangre, la lengua o la configuración del suelo. Según este gran humanista, *dos cosas* constituyen este principio espiritual, esta alma colectiva llamada nación.

“La una, dice, está en el pasado, la otra en el presente. La una es la posesión común de un rico legado de memorias; la otra es el consentimiento presente, el deseo de vivir juntos, la voluntad de continuar haciendo valer la herencia que uno ha recibido indivisa . . . En el pasado una herencia de glorias y de pesares a compartir, en el porvenir un mismo programa a realizar . . . Una nación es, pues, una gran solidaridad, constituída por el sentimiento de los sacrificios que uno ha hecho y de los que uno está todavía dispuesto a hacer.”¹

Finalmente, en una fórmula que su autoridad ha hecho clásica, Renan declaró: “*L’existence d’une nation est . . . un plébiscite de tous les jours*” —la existencia de una nación es un plebiscito cotidiano.

Medio siglo después de su proclamación, la tesis de Renan fue reafirmada y modificada por José Ortega y Gasset. El gran pensador español está de acuerdo con la idea de Renan de que el principio de la nación no es ni la sangre, ni el idioma, desde que en Francia, en España como en Inglaterra la comunidad racial y lingüística ha sido un *efecto* de la unificación del Estado y no su *causa*. “Originaria-

¹ RENAN, E.: “Qu’est-ce qu’une nation?”, pp. 26-27, *Opuscules et discours*, Paris, 1882.

APORTACION EXTRANJERA

mente, el Estado consiste en la mezcla de sangres y lenguas. Es superación de toda sociedad natural, dice Ortega.²

Es la tesis de Renan del carácter plebiscitario del Estado la que predomina en la doctrina de Ortega, pero en una forma modificada por la crítica. Ortega reprocha a Renan el carácter "arcaizante" de su tesis, porque insiste en que la existencia de una nación supone un pasado. Si la nación consistiera nada más que en pasado y presente, nadie se ocuparía de defenderla contra un ataque. "Al defender la nación defendemos nuestro mañana, no nuestro ayer" declara el filósofo español.³ Queremos un futuro en el cual la existencia de nuestra nación continúe.

La diferencia básica entre las doctrinas de la nación de Renan y de Ortega consiste en el hecho de que Renan insiste en el pasado y en el futuro como dos factores de igual importancia, mientras que Ortega insiste solamente en el futuro. Afirma que "nada tiene sentido para el hombre sino en función del porvenir".

El futurismo de Ortega está íntimamente ligado a su concepto del proyecto. Mucho tiempo antes que Sartre, Ortega insistió en la necesidad moral de que el individuo y, también, el grupo, se consagren a un proyecto. Así, para Ortega, el Estado nacional es "proyecto de un hacer y programa de colaboración."⁴

Tener un proyecto común quiere decir tener el deseo de realizar un porvenir común. Cuando *hay* un porvenir común, concluye Ortega, los antepasados, las memorias, la herencia de glorias y de pesares sirven como "fuerzas de consolidación; pero nada más."⁵

La tesis del pensador español puede ser chocante para los tradicionalistas, pero me parece confirmada por hechos innegables.

El fantástico crecimiento de los Estados Unidos resultó de la inmigración de millones de gentes que no tuvieron antepasados americanos y, por esto, no compartieron el pasado de esta nación. Lo que estos inmigrantes tuvieron en común con la nación americana fue su

² J. ORTEGA y GASSET: *Obras completas*, Madrid, 1951, tomo IV, p. 252.

³ Ibid. t. IV; pág. 266.

⁴ Ibid. t. IV; pág. 258.

⁵ Ibid. t. IV; pág. 267.

futuro, su proyecto colectivo de prosperidad en la libertad, y los valores ligados a este proyecto.

Sin duda, una integración de esta clase es más fácil en el caso de naciones nuevas, como las de las Américas, pero no es imposible con respecto a naciones antiguas. Ocurre, de hecho, que ciertos individuos excepcionales se convierten en miembros de una nación extranjera, en virtud de una afinidad profunda entre su modo de evaluar y el de la nación de su elección. Tomemos el ejemplo de Napoleón Bonaparte: nació en Córcega en 1769, un año después de la adquisición de esta isla por Francia. No tuvo antepasados franceses. Lo que tuvo en común con Francia no fue el pasado, sino el futuro, un porvenir glorioso que propuso a esta nación y del cual él fue el arquitecto principal. Napoleón y Paoli tuvieron los mismos antepasados corsos e italianos. Paoli luchó contra Francia. Después de un corto período de su juventud en el cual odió a Francia, Napoleón se convirtió en un francés, adoptando una nueva manera de evaluar —la de los franceses.

Jacques Offenbach, Guillaume Apollinaire (cuyo verdadero apellido fue Wilhelm Apollinaris de Kostrowitzky), Marie Curie-Skłodowska, y tantas otras glorias de Francia, no tuvieron antecesores franceses. Pero gracias a una afinidad electiva, basada en una comunidad de valores e ideales, se integraron en la comunidad nacional francesa y enriquecieron su patrimonio cultural.

De manera similar, el griego Dominicos Theotocopoulos se convirtió en un español, bajo el apodo glorioso de *El Greco*, el inglés Lord Byron se hizo griego, el inglés Huston Stewart Chamberlain, alemán; y Cosima Wagner, hija de una madre francesa de un padre húngaro, se convirtió en una mujer alemana, con todas sus virtudes y todos sus vicios. Estas transformaciones se basaron en una afinidad electiva en el dominio de los valores.

Estos ejemplos demuestran que una nación es caracterizada por cierta manera de *evaluar*. En otras palabras: *una nación es una comunidad de valores y de ideales*. Esta es mi propia doctrina de la nación, consecuencia de las de Renan y Ortega, pero a la cual ellos nunca arribaron. Me parece especialmente un desarrollo lógico de la tesis ortegana, según la cual una nación es un proyecto colectivo. Si el pensador español no reconoció que el proyecto es el manantial de los

APORTACION EXTRANJERA

códigos de valores, fue porque su teoría de los valores no ha sido más que una reedición de la de Max Scheler, y, por esto, básicamente esencialista y ahistórica. Según Ortega, "los valores son algo objetivo y no subjetivo" y "valorar no es *dar* valor a quien por sí no lo tenía; es reconocer un valor residente en el objeto."⁶

Sí, según esta tesis común a Ortega y Gasset, a Max Scheler y a Nicolai Hartmann, los valores son *esencias objetivas*, universales, son entonces dados *antes* de las existencias históricas subjetivas. Por esta razón los valores no pueden provenir de los proyectos históricos de los seres existentes. En vez de tratar de derivar los valores de los proyectos históricos, Ortega adoptó la jerarquía ontológica, ahistórica de Scheler.⁷

Mi propia doctrina axiológica es diametralmente opuesta a la de Ortega y a la de sus predecesores, los fenomenólogos alemanas. Para mí hay una solidaridad total entre el proyecto y el código de valores que le corresponde. A cada proyecto corresponde otro código de valores, y cada uno de estos códigos es caracterizado por otro postulado normativo. Únicamente el postulado adoptado como norma, mediante un acto de voluntad, puede conferir validez a los valores pertenecientes a cierto sistema. Este acto de voluntad está ligado a un proyecto definido.

Tan pronto un postulado es adoptado y reconocido como norma, todos los actos, objetos y proposiciones acordes con él adquieren un valor positivo, y todos los actos, objetos y proposiciones desacordes con este postulado adquieren un valor negativo.

Como lo muestro en mi ponencia al Sexto Congreso Interamericano de Filosofía, las normas postuladas son, ellas mismas, valores. Los llamo "valores de primer grado", mientras que los valores a los cuales sirven de patrón son "valores de segundo grado". Si, *lógicamente*, cada proyecto presupone un acto de voluntad, podemos decir que *psicológicamente* cada acto de voluntad aparece en la forma concreta de un *proyecto*. Es únicamente *en* un proyecto y *a través* de un proyecto que devenimos conscientes de nuestras voliciones y de nues-

⁶ *IBID*: t. VI: "Introducción a una estimativa", pp. 325-327.

⁷ En un artículo: "¿Ortega —existencialista o esencialista?", publicado en *La Torre*, Puerto Rico, núm. 15-16, julio-diciembre 1956, pp. 385-399, traté de separar los elementos esencialistas en la filosofía ortegana de sus elementos existencialistas.

tras evaluaciones. Al principio ni las unas, ni las otras, existen en un estado abstracto. Así, diría que los proyectos son las particularizaciones de nuestras voliciones y de nuestras evaluaciones. Es solamente después de la generación del proyecto y, a veces, únicamente en el curso de su realización o después de ésta, que las evaluaciones que el proyecto implica, se separan de él y se cristalizan como conceptos concebibles de manera abstracta.

Si cada nación es caracterizada por un proyecto colectivo específico, por la voluntad de hacer algo en común, y si este proyecto da a luz un código específico de valores, resulta que cada nación es una *comunidad de valores de segundo grado*, es decir: de valores condicionados por el valor de *primer grado*, afirmado en el *básico proyecto nacional*. A veces el proyecto básico al cual una nación o una civilización debe su nacimiento ya ha sido olvidado, pero las evaluaciones colectivas, que expresó se han cristalizado completamente y forman el código de valores por el cual esta nación o civilización se distingue de las otras.

En mi opinión, el *proyecto colectivo* es la clave del sistema de valores de una nación o de una civilización. Para los que se adhieren a tal proyecto colectivo el valor básico y dirigente que afirma —es decir su ideal colectivo— es un valor intrínseco. Este último confiere un valor *instrumental* o *radiado* a todos los medios, propios a promover el proyecto colectivo y a realizar la victoria del ideal que encarna.

El término “valor radiado” (*Strahlwert*) fue propuesto por William Stern.⁸ Un ejemplo clarificará su significado: la aviación no se aprecia solamente como un valor instrumental, apto para alcanzar fines utilitarios. La aviación es también apreciada como un nuevo sentimiento de poder y de soberanía sobre las fuerzas de la naturaleza. Así la aviación que, como valor instrumental, es decir: como medio de transporte rápido, se destacó de la persona humana, se convierte en una parte de la persona, en una portadora de un valor que la persona humana “irradia” sobre sus componentes.

Si una nación tiene un proyecto colectivo, un ideal común y, con esto, un valor colectivo dirigente, no necesariamente resulta que sus miembros afirmen los mismos valores instrumentales. Los miembros

⁸ STERN, W.: *Wertphilosophie*, Leipzig, 1924, p. 44.

APORTACION EXTRANJERA

de un grupo pueden tener el mismo proyecto y, no obstante, tener diferentes opiniones sobre los medios propios de realizarlo. La mayoría de las disputas en los parlamentos son la consecuencia de tales diferencias entre los valores instrumentales, puestos al servicio de un proyecto común, de un ideal común. Sin embargo, el hecho de servir a la realización del mismo proyecto colectivo orienta los diferentes valores instrumentales de una nación en la misma dirección. Los valores radiados de una nación tendrán también más o menos el mismo carácter, desde que reflejan los rayos emitidos por los mismos valores intrínsecos; es decir: de los valores expresados en el proyecto básico de la nación. Estos hechos explican la *unidad de estilo* que caracteriza las evaluaciones de los miembros de una nación.

El hecho axiológico fundamental es el proyecto colectivo que, con sus valores directivos intrínsecos, determina los valores radiados de una nación y orienta sus valores instrumentales en la misma dirección. Podemos hablar de un *campo axiológico*, creado por el proyecto colectivo; porque por su función de orientar los valores instrumentales y radiados de una nación en la misma dirección, la acción de este campo axiológico es comparable a la de un *campo magnético*. El campo axiológico creado por el proyecto colectivo es responsable de la manera típica de evaluar que caracteriza a los miembros de una nación o de una civilización dadas, y determina lo que llamamos su "estilo" de evaluar. Si, por ejemplo, el proyecto colectivo básico de una nación es *heroico*, entonces todo su sistema de valores tendrá un estilo *heroico*. Si, por lo contrario, el proyecto colectivo básico de una nación es *mercantil*, entonces su sistema total de valores estará impregnado de *mercantilismo*. Esto quiere decir que hasta las evaluaciones individuales de los miembros de esta nación tomarán lugar dentro de un campo axiológico mercantilista.

En general, la realización de un proyecto nacional colectivo da a luz un nuevo proyecto que, en turno, proporciona una nueva justificación histórica a la existencia de una nación. Si el carácter del nuevo proyecto colectivo se distingue considerablemente del carácter del proyecto anterior, entonces todo el *código de valores* de la nación será *modificado*. En este respecto la historia alemana ofrece excelentes ejemplos. Durante la segunda mitad del siglo diez y ocho y al principio del siglo diez y nueve, la Alemania del clasicismo, del romanticismo y de

la filosofía idealista, no parecía tener otro proyecto nacional que el que Goethe le asignó en su poema dramático *Pandora*: a saber, el proyecto de dominar el mundo ideal, el mundo del pensamiento y de la imaginación poética. Fue Francia, simbolizada por Prometeo, la cual, según Goethe, debería gobernar el mundo de las realidades políticas y militares. Pero en el curso de la historia del siglo diez y nueve, el proyecto colectivo de Alemania cambió radicalmente, y el país proverbial de "los poetas y de los pensadores" (*das Land der Dichter und Denker*) se convirtió en la nación de "hierro y de sangre" (*Eisen und Blut*) de Bismarck, cuyo proyecto básico fue la conquista militar y el gobierno por la fuerza.

Después de la unificación de Alemania en 1871, su proyecto político y militar se fusionó con otro proyecto colectivo: el de sobrepasar a todas las otras naciones europeas en la producción material, en la industria y en el comercio. Y vimos con que rapidez el código de valores cambió en todas sus partes y en todas las capas sociales de la nación alemana. El culto de las ideas fue suplantado por el culto de la riqueza material y de la fuerza militar. El cambio radical en el código de valores de esta nación no se hubiera producido si la gran mayoría de los alemanes no hubiese adoptado el nuevo proyecto colectivo. Pero sabemos que los alemanes lo aceptaron con entusiasmo, con pocas excepciones tales como Nietzsche.

Este entusiasmo fue todavía más grande cuando, después de la Primera Guerra Mundial, un nuevo proyecto colectivo surgió en Alemania: el de retirarse de la civilización occidental, de poner la fuerza militar al servicio de la conquista del mundo para "rejuvenecer" la humanidad mediante la idea de la pureza racial, por el destronamiento del intelecto y por el establecimiento de una jerarquía de "razas-maestras" y de "razas-esclavas". Este nuevo proyecto colectivo dio a luz un nuevo *código de valores*, que la abrumadora mayoría de los alemanes aceptó, con una precipitación angustiosa, especialmente desde el principio del año 1933. Este nuevo código que gobernó a la nación alemana durante doce años, proclamó el valor positivo de la violencia y el valor negativo del derecho; el valor positivo de los impulsos instintivos y el valor negativo de la inteligencia; el valor positivo de una jerarquía de maestros y de esclavos y el valor negativo de la igualdad y de la dignidad de los individuos y de las naciones; el va-

APORTACION EXTRANJERA

lor positivo de la autocracia y de la obediencia ciega y el valor negativo de la democracia y de la autodeterminación. Transformando los valores de todos los dominios —los valores morales, estéticos, sociales, religiosos, jurídicos, políticos y cognoscitivos— el nuevo código alemán de valores, producido por el proyecto colectivo llamado “*Nationalsozialismus*”, aún cambió el criterio de la verdad. El mundo civilizado se espantó al ver que hasta los profesores de las universidades alemanas e intelectuales de fama aceptaron la fórmula de la verdad “orgánica” de Alfred Rosenberg y del profesor Carl Schmitt, expresada en las palabras: “verdad es lo que sirve al pueblo alemán”.⁹

Cuando, en 1945, el proyecto colectivo del llamado “socialismo nacional” se ahogó en un mar de sangre y de fuego, el código de valores que había procreado desapareció. Todavía es demasiado temprano para decir cuál será el nuevo proyecto colectivo al que el pueblo alemán consagrará sus energías y cuál será el código de valores que resultará de él. Actualmente, el proyecto colectivo de la Alemania Occidental parece limitarse a la realización del “milagro económico” (*Wirtschaftswunder*), cuyo imperativo categórico es: “¡Enriqueceos!”

Otras naciones mostraron más continuidad histórica en el campo axiológico, o porque tuvieran menos proyectos colectivos —aunque algunas veces de mayor envergadura— o porque sus proyectos fueran inspirados más o menos por el mismo ideal. Algunas veces el proyecto original, al cual una nación debe su existencia, determina su carácter tan decisivamente que apenas cambia en el curso de su historia. Entonces, todos sus proyectos colectivos son calcados sobre el mismo modelo, y su código de valores cambia muy poco en el curso de la historia.

Por ejemplo, en el código de valores de la España contemporánea, el honor, la fidelidad a la fe y el orgullo todavía ocupan una posición prominente. Son los valores dominantes que se desarrollaron en el curso de la realización de los dos grandes proyectos colectivos a los cuales la nación española debe su existencia histórica. El primero de estos proyectos, que ocupó siete siglos de la historia de España, consistía en la expulsión de los moros de la península ibérica y en la

⁹ ROSENBERG, A.: *Der Mythos des zwanzigsten Jahrhunderts*, München, 1934, p. 669, etc. y C. Schmitt; *Über die drei Arten des rechtswissenschaftlichen Denkens*, Hamburg., 1934, p. 26 Véase también mi artículo “La filosofía en el Tercer Reich —instrumento de guerra”, *CUADERNOS AMERICANOS*, México, 5, 1942, pp. 14-43.

restauración de la pureza de la fe católica. Con la caída de Granada, en 1492, la ejecución de este proyecto fue terminada. Esta fecha coincide con el descubrimiento de América por Colón, y con este evento surge el segundo proyecto gigantesco que ocupó a la nación española durante los siglos siguientes: el de conquistar, de colonizar y de cristianizar al nuevo mundo. También este proyecto colectivo fue ejecutado con gran éxito.

Estos dos proyectos colectivos de la más amplia envergadura exhiben cierta continuidad y, así, determinan el carácter nacional del español, tanto como su código de valores, de una manera indeleble. El español de nuestros días es todavía el hidalgo del tiempo de Isabel la Católica, con sus virtudes y sus limitaciones. Fue en vano que Cervantes alertó a sus compatriotas del peligro de perseguir a los fantasmas del pasado, mientras que alrededor de ellos, otras naciones descubrían nuevas realidades.

Un hombre viril procrea niños. Una nación en flor procrea proyectos. Una nación *vive* en tanto que inventa proyectos colectivos nuevos que absorben la imaginación de sus ciudadanos, de manera que ellos acepten los sacrificios necesarios para su realización. Estos proyectos pueden tener éxito solamente si corresponden a las necesidades de la nación que los adopta y si son compatibles con los intereses de la sociedad entera. Dándose nuevos proyectos e imponiéndose nuevas normas, las naciones crean nuevos códigos de valores. Cuando una nación cesa de inventar nuevos proyectos, capaces de ganarse la adhesión de sus ciudadanos, entonces *muere*, porque no tiene nada más que cumplir en la historia. Por un cierto tiempo los valores cristalizados de sus proyectos colectivos anteriores se mantienen en vigencia, porque no tienen que dar paso a nuevos valores. Pero, lentamente se debilitan, y, finalmente, desaparecen. Cuando desaparece el código de valores que caracteriza a una nación, entonces ésta desaparece.

Cuando Roma dejó de ser el poder unificado el mundo antiguo por su grande administración jurídica y por la propagación del humanismo estoico, su último gran proyecto fue agotado. El código de valores ligado a este proyecto se mantuvo en vigencia por cierto tiempo; después desapareció. Odoacro mató solamente a un cadáver. Hegel

APORTACION EXTRANJERA

tuvo razón diciendo que una nación no puede morir de una muerte violenta si no está ya muerta, naturalmente.¹⁰

En 1898, después que España había perdido los últimos restos de su imperio colonial americano, Miguel de Unamuno publicó su ensayo "*La vida es sueño*", que expresa la lasitud y la renuncia a cualquier papel histórico de una nación que se ha vuelto incapaz de inventar nuevos proyectos colectivos. Todos conocen sus palabras conmovedoras, llenas del *pathos* de la renunciación, en las cuales habla de su pueblo:

“¡Que le dejen vivir en paz y en gracia de Dios, circundado de aérea sencillez, en su camisa de hombre feliz, y, sobre todo, que no se tome en vano el nombre de su fe para hablarle de la España histórica conquistadora de reinos, en cuyos dominios no se ponían ni el sol ni la injusticia! ¡Que no le viertan veneno pagano de mundanas glorias en su cristiano bálsamo de consuelo! ¡Que le dejen dormir y soñar su sueño lento, oscuro, monótono, el sueño de su buena vida rutinaria! ¡Qué no le sacrifiquen al progreso, por Dios, que no le sacrifiquen al progreso!”¹¹

Mas tarde, en su libro *Del sentimiento trágico de la vida*, Unamuno trató de dar un nuevo proyecto a su nación: el de ser el Don Quijote tragi-cómico entre las naciones, la expresión viva de la negación de un pueblo a someterse a la lógica y a la ciencia, es decir, al mundo moderno y a su verdad. El propósito final de este proyecto fue el de “salvar a la Edad Media del Renacimiento, por no perder su tesoro de la infancia.”¹²

Dudo que tal proyecto pueda ganarse la adhesión de un pueblo. Uno no puede revivir el pasado. Tampoco puede aceptar la tesis de don Miguel de que hasta él, que pelea por el ideal de revivir el pasado, empuja el mundo al porvenir.¹³ Históricamente hablando, tal restauración sería estéril, porque un proyecto que no crea valores nue-

¹⁰ HEGEL, G. W. F.: *Sämtliche Werke*, Stuttgart, 1928, Band XI, p. 115.

¹¹ *Ensayos y sentencias de Unamuno*. New York, 1932, p. 32.

¹² M. DE UNAMUNO: *Del sentimiento trágico de la vida*, Madrid, 1913, p. 314.

¹³ *IBID*, p. 313.

vos, valores todavía no realizados en la historia, no tiene razón histórica de ser.

Cada verdadero proyecto histórico propone a una nación que *cambie* su destino. Lo que Unamuno propuso a su nación no fue otra cosa que *querer* su destino. Por esta razón el proyecto propuesto por Unamuno no pudo detener las tendencias separatistas que se manifestaron desde el principio del siglo entre los vascos, los catalanes y otros pueblos que forman la nación española. Mucho más realista que Unamuno, Ortega y Gasset explicó estas tendencias particularistas por la falta de un proyecto colectivo estimulador, justificando la convivencia de las provincias ibéricas en el mismo Estado. En su *España invertebrada* Ortega escribía: "España se va deshaciendo, deshaciendo... Hoy ya es, más bien que un pueblo, la polvareda que queda cuando por la gran ruta histórica ha pasado galopando un gran pueblo".¹⁴

Pero Américo Castro es menos pesimista: "Henos pues ante una cultura que a la vez se afirma y se destruye en una continuada serie de cantos de cisne", dice.¹⁵ Y de hecho: al principio del siglo veinte, cuando el mundo habló de la "España moribunda", se desarrolló en este país el renacimiento artístico, literario, filosófico y científico que enriqueció grandemente los valores culturales de nuestro tiempo. El establecimiento de la República y el heroísmo con que se defendió en la última Guerra Civil también comprobó que los españoles son todavía capaces de un gran esfuerzo colectivo al servicio de un proyecto histórico.

No puede ser sobreestimado tal esfuerzo colectivo, aun si fracasara; porque el hecho de que un grupo étnico produzca unos hombres eminentes todavía no le transforma en una nación, tanto que no sea unido por un proyecto colectivo. Durante los siglos de la dispersión, los judíos produjeron un número impresionante de hombres eminentes en los campos de la ciencia, de la filosofía, de la literatura, de la música y de la política —sin formar una nación. Solamente su nuevo proyecto colectivo del Sionismo y su realización cristalizada en el Estado de Israel, recreó la nación judía.

¹⁴ J. ORTEGA Y GASSET: *Obras completas*, t. III, p. 71.

¹⁵ CASTRO, A.: *España en su historia*, Buenos Aires, 1948, p. 21.

APORTACION EXTRANJERA

Regresemos a nuestra tesis de que es el valor directivo intrínseco, es decir: el ideal afirmado en un proyecto colectivo, que determina todo el sistema de valores radiados de una nación, da cierta dirección a sus valores instrumentales e imprime cierto *estilo* a las evaluaciones de sus miembros. Como hemos dicho antes: si el proyecto colectivo básico de una nación es mercantil, entonces su sistema completo de valores será impregnado de mercantilismo. Si, por lo contrario, el proyecto colectivo básico de una nación es heroico, entonces su sistema entero de valores tendrá un estilo heroico. Miremos a la España de los siglos diez y seis y diez y siete. En esta época, toda la nación estuvo empeñada en el proyecto de la Contra-Reforma y de la cristianización de su imperio americano, recientemente adquirido en grandes aventuras heroicas.

El fervor religioso y heroico de este proyecto nacional colectivo se comunicó a todas las ramas de la vida nacional. La pintura, la arquitectura, la literatura de esta época —especialmente en Toledo, ciudad del Greco y centro del catolicismo español— manifestaron este carácter religioso, heroico y visionario que emanó del proyecto político y militar de la nación. El valor dirigente, el ideal de este proyecto, determinó todo el sistema de valores de la nación, incluyendo sus valores artísticos.

Lo mismo puede decirse de la pintura holandesa del siglo diez y siete, reflejando los valores básicos afirmados en el proyecto colectivo de esta nación: la afirmación de una vida que aprecia los tesoros mundanos, el comercio marítimo, la abundancia material que resulta de él, los mercados exhibiendo la riqueza adquirida gracias a la industria y al sentido común del pueblo, los bailes populares, la buena vida, el gozo de los bienes terrestres. El Calvinismo, que ve en la riqueza un signo de la gracia divina, el estilo de la vida cotidiana y la manera corriente de evaluar las cosas y los eventos —todo esto reflejó el valor dirigente del proyecto colectivo holandés, orientado hacia los tesoros mundanos y los regalos del océano.

Otro ejemplo ofrece la Unión Soviética. Allá todas las evaluaciones en los dominios de la literatura, del arte, de la música, de la filosofía, del derecho, de la política, de la tecnología y aún de la ciencia son totalmente determinadas por el proyecto colectivo básico de la nación: el de establecer y de consolidar una economía y una socie-

dad comunistas. El ideal, el valor directivo, afirmado en este proyecto, es la *norma* por la cual se miden *todos* los valores realizados en la Unión Soviética. Todos estos ejemplos confirman nuestra tesis que es el proyecto colectivo, con sus normas, el que hace de una nación una *comunidad de valores y de ideales*.

La voluntad, creando los valores nacionales, íntimamente ligada al proyecto colectivo de una nación o de una civilización, puede ser considerada como una clase de *voluntad general* —aún más general que la *volonté générale* de Rousseau, desde que incluye la totalidad de las manifestaciones de una nación— sus manifestaciones culturales y personales, tanto como sus manifestaciones políticas. Pero como Rousseau nos mostró en su *Contrat social*, la voluntad general no es necesariamente idéntica con la voluntad de todos (*la volonté de tous*).¹⁶ De hecho, no todos los miembros de una nación evalúan de la misma manera. Pero el promedio de ellos es caracterizado por cierto estilo de la evaluación. Este estilo común de evaluar que caracteriza la mayoría de los miembros de una nación no es debido ni a su “sangre”, ni a su “raza”, sino simplemente a su aceptación de los valores normativos afirmados en los proyectos colectivos de la nación. Si estos últimos muestran cierta continuidad histórica, estos valores normativos determinan el sistema pedagógico de una nación, se transforman en una tradición e imprimen sus huellas en el carácter de todos los miembros de la nación. Entonces, hasta las evaluaciones cotidianas de los individuos reflejan el código de valores que caracteriza toda la nación. Empeñado en el mismo proyecto colectivo —conscientemente o no— la mayoría de los norteamericanos, de cualquier ascendencia, juzga más o menos de la misma manera sobre todos los problemas referentes a la vida. Quizá es por esta razón que dos partidos políticos bastan para expresar la voluntad política de ciento setenta y cuatro millones de norteamericanos. Y aún estos dos partidos simbolizan únicamente dos diferentes caminos o medios, para realizar el proyecto colectivo básico que caracteriza la nación estadounidense en la historia moderna: el proyecto de la prosperidad en la libertad, mediante la explotación de las riquezas del continente americano, y la expansión y consolidación del sistema de “*free enterprise*”. Los dos

¹⁶ *Oeuvres complètes de Rousseau*, París, 1928, t. II. “Du contrat social”, chapitre 3, p. 147.

APORTACION EXTRANJERA

partidos políticos norteamericanos y los millones que estos representan, afirman este mismo proyecto colectivo y los *valores normativos* ligados a él. ifieren únicamente en lo que concierne a los *valores instrumentales*, considerados como propios para realizar dicho proyecto común.

No puedo añadir más detalles para demostrar a qué punto el código de valores de una nación depende del proyecto colectivo que la une. Tampoco puedo hablar de los proyectos *supra-nacionales* y de los códigos de valores que han creado —proyectos como las Cruzadas medievales, la propagación de la civilización tecnológica moderna, el Capitalismo y el Comunismo. Analicé estos problemas en mi libro inédito sobre *La filosofía de la historia y el problema de los valores*. Quiero solamente añadir un ejemplo de la historia reciente, mostrando cómo el código de valores de un grupo *cambia* cuando adopta un nuevo proyecto colectivo con el cual se identifica. urante los siglos en que los judíos vivieron en la dispersión, sin ningún proyecto colectivo, tuvieron solamente una apreciación mediocre del trabajo manual, del cultivo de la tierra y de las virtudes militares. Pero la realización del proyecto colectivo que representa el nuevo Estado de Israel —el de restituir la vida nacional judía en su suelo histórico— *requiere* el trabajo manual, el cultivo de la tierra y *necesita* las virtudes militares. Representando medios indispensables para promover el proyecto colectivo de la nación, el trabajo manual, la labor agrícola y las virtudes militares se convirtieron de golpe en valores instrumentales y radiados de primera categoría. Ahora ocupan los escalones más altos en la jerarquía axiológica de la joven nación de Israel.

Mis consideraciones me han llevado a la definición de la *historia humana* como una *secuencia de tentativas para ejecutar proyectos colectivos* y para *realizar los valores* ligados a estos proyectos. La experiencia histórica de todas las épocas nos muestra que estos proyectos colectivos pueden triunfar solamente si corresponden a las necesidades de los grupos que los adoptan y si son compatibles con los intereses vitales de grupos rivales. Si estos últimos consideran sus intereses como amenazados por ciertos proyectos colectivos ajenos, resistirán a ellos. El resultado será un *conflicto*. Así, la *historia política* se manifiesta en una *secuencia de choques entre los proyectos colectivos* y entre los *códigos de valores*, ligados a ellos.

Alfredo Stern

Si uno busca un *significado* en esta secuencia de tentativas para realizar proyectos colectivos que es la historia, puede encontrarlo en el hecho de que cada realización de un proyecto colectivo desemboca en la *cristalización de valores nuevos*. Así, la historia es *justificada*, en tanto que *enriquece el patrimonio de valores de la humanidad*. *